

Los que hablan del amor sin que se les entienda

ARMANDO Verdigioni, presidente de la Asociación Psicoanalítica Movimiento Freudiano Internacional es uno de los participantes destacados en el congreso que entorno al tema de la sexualidad empieza a celebrarse hoy en Barcelona.

—¿Qué es la sexualidad?

—No es genitalidad, no es procreación. La sexualidad, una temática que por pudor ha estado soterrada durante dos mil años, es una lógica que procede de un acto inconcluso. No es, tampoco, el terreno de una metamorfosis, como presume el romanticismo con la mitología del andrógino.

—¿La sexualidad ha sido objeto de manipulación política?

—¡Claro! Tanto el fascismo como la izquierda. Las dos corrientes políticas han dado una versión puñalada y armónica de la sexualidad, cuando ésta es desarmónica.

—Cuando usted dice «desarmónica», ¿qué quiere decir?

—Que la sexualidad no obedece a un principio lineal; que existe en tanto es una estructura de len-

guaje en el cual el cuerpo no es cósmico, sino espiritual.

—Usted perdona, pero como no hablo otro lenguaje no me entero de nada...

—El sexo existe en el tiempo, no en la eternidad, y en un juego hecho de miradas, de gestos, de palabras, en el que para amar se ha de saber la regla, el código del juego.

—¿Qué diferencia hay entre amar y desear?

—El deseo puede ser algo inquietante y extraño al poco tiempo. El amor es otra dimensión. El amor es distinto de la pasión porque no comporta ningún sufrimiento, ninguna impaciencia. Mientras la pasión quiere dar coto a la imagen —el objeto sexual— fijándolo, el amor mira a ese objeto como algo que no está perdido pero que se quiere reencontrar.

—Estos tiempos ¿son más de pasión que de amor?

—Sería trágico si fuera así. No. El psicoanálisis enseña que lo que importa no es el amor, sino el odio, que es la estructura radical del amor. Es la desarmónica.

—Pero en un mundo

deshumanizado, el sexo también se deshumaniza...

—Es que, por principio, la sexualidad no es humana. Precisamente porque el sexo se estructura en el tiempo es por lo que no se puede constituir una sociedad sobre el sexo.

—Usted ha hablado antes del lenguaje de los gestos...

—El lenguaje no es comunicación. Porque la comunicación excluye el subconsciente y el lenguaje lo requiere. Es por lo que siempre hay diferencia entre lo que se dice y lo que se quiere decir.

—Pero está el lenguaje de los gestos: una caricia es un medio de decir algo porque la caricia está codificada y tiene un valor poco menos que universal...

—No. Un gesto no es una comunicación porque depende de muchas cosas y siempre tiene un valor distinto. Si una caricia siempre tuviese el mismo valor, tendría razón la Iglesia, que ritualiza los gestos.

—No me convence...

—El signo igual es el colmo de las diferencias.

—Ciga: ¿usted es capaz



Este Verdigioni habla del amor sin que se le entienda nada de irse a la cama con una mujer y hacer con ella el amor sin teorizar?

—El amor es la teoría, pero la teoría no es un código inamovible.

No me ha entendido usted. Le preguntaba si es capaz de irse con una mujer, porque le gusta o porque la quiere, y sin formularse teorías sobre si su cuerpo es espiritual en lugar de ser cósmico...

Nada. Un fracaso. Me ha hablado de Platón, de Hegel, de Freud, de Jung, de la escuela frankfurtiana y de Marcuse, pero me ha quedado sin saber cómo es el lenguaje humano, cotidiano, que pre-

coniza este especialista del sexo y del psicoanálisis para hacer el amor.

Y, pausadamente, ha seguido hablando del amor y del desamor en un lenguaje intrincado e inaprehensible que, ciertamente, no lleva a la comunicación. Lo paradójico estriba en el hecho de que Armando Verdigioni está convencido de que «ésta es una época que ha terminado» y que un «tipo de intelectuales ha muerto». Mueren con las botas puestas: sin saber precindir de su lenguaje criptográfico para acercar los códigos del amor o del deseo sexual al hombre de la calle.

EL PERIÓDICO
Domingo, 28 de septiembre de 1980

EL PERIÓDICO DE CATALUNYA

La vitrina